

Rafael Alberti y Roma. Un Siglo de Creación

María Asunción Mateo

Docente, escritora y periodista
Ex Directora de la Fundación Rafael Alberti

https://doi.org/10.33676/EMUI_nomads.59.01

Estar hoy en Roma me trae, inevitablemente, imágenes del último viaje que hice aquí junto a Rafael, hospedados en un hotel pequeño y acogedor, que llevaba su nombre, cerca de la Piazza Navona. Pasear a su lado por las calles -esas de las que él decía que sólo por sus nombres cobraban autoridad sobre todas las ciudades del mundo-, evocar sus recuerdos señalando aquella fuente, aquella trattoria, recorrer el *Campo di Fiori*, el Trastevere con su casa de Via Garibaldi, mientras me comentaba cómo las *colombas esvagliatas* entraban por las ventanas de su cocina y los gatos nocturnos maullaban de amor por los tejados, añadían a esta bellísima ciudad la singular mirada de un poeta que la cantó como pocos. Cada paso era recordar aquellos catorce años de su fructífera vida romana y la de María Teresa León, rodeados de tantos queridos amigos italianos.

En mis intervenciones públicas -y ante el reparo a la posible mirada crítica- siempre me ha causado cierto decoro hablar sobre el privilegio de coincidir en el tiempo con Rafael Alberti y compartir con él durante casi 20 años su amor, sus inquietudes, su palabra encendida, su singular forma de mirar el paisaje y, sobre todo, haberlo acompañado hasta el último segundo de su vida. Pero este sentido homenaje que EMUI le hace a Rafael Alberti en Roma, el afectuoso respeto y las continuas atenciones del profesor Román Reyes, se merecían más generosidad por mi parte y me he sentido en la gustosa obligación de corresponder con el testimonio de mi presencia y mis palabras y compartir con ustedes algunos momentos de nuestra felicísima convivencia.

Rafael, persona de una transparencia inusual, incapaz de disimular sus estados de ánimo de cualquier signo, fue ejemplo de gran consecuencia personal, en

permanente contacto con la realidad que lo circundaba y siempre enraizado en el ideario que defendió hasta el final. Era un humanista, un auténtico hombre del Renacimiento atraído e inquieto por todo. Su conciencia siempre estuvo vigilante ante los acontecimientos de su época por lo que pocas cosas han quedado lejos de su pluma, una de las de más amplios registros de su siglo. Era un ser con una juvenil capacidad de sorpresa, infatigable, repleto de ilusiones y proyectos....

*Yo soy un hombre de la madrugada
comprometido con la luz primera,
me pide el sol que cante en cada aurora
y yo no puedo al sol decirle: espera.*

Cuando lo conocí me llamó mucho la atención lo alejado que estaba del paternalismo y aspiraciones propios de las personas de su edad, quizás de ahí provenía ese aura, el irresistible atractivo que su desenfadada imagen ejercía entre los más jóvenes, ese carisma que lo mantenía alejado de las torres de marfil en la que otros poetas se han encerrado. Su personalidad, aparentemente extrovertida, encubría cierto atisbo de timidez, tal vez para proteger así la complejidad de su auténtico yo, aunque lo que más destacaba en él era su extremada sencillez y naturalidad. Tan sólo recuerdo oírle presumir con orgullo de dos cosas: Haber nacido en El Puerto de Santa María, en Cádiz, a orillas de la bahía más antigua de Occidente y de su ascendencia florentina, como lo atestigua el pequeño grabado con la imagen de su antepasado Leon Baptista Alberti, que todavía sigue enmarcado en nuestro estudio.

Al llegar a Italia en 1963, la potente vitalidad que emanaba de Alberti lo hizo enamorarse, otra vez, del país que los acogió. El matrimonio se instala primero en Milán con la perspectiva fallida de colaborar en una editorial y luego se trasladan a Roma, con el emocionado y literario recuerdo de la entrada de Cervantes por la Porta del Popolo cuatro siglos antes. Allí residirán hasta 1977. Este viaje fue otra señal de su inagotable juventud: A los sesenta y un años volver a hacer las maletas, abandonar un país como Argentina al que ya amaba y sentía como propio y establecerse al otro lado del mundo para integrarse en una sociedad, una cultura, una vida diferente -llena de inseguridades laborales, económicas...- y lanzarse a la aventura como si de un joven poeta se tratara.

Esa sostenida nostalgia que siempre habitará en Rafael, a lo largo de casi 40 años de destierro (*Mis ventanas ya no dan a los álamos y ríos de España*), se acentuará al abandonar Argentina, país que con tanta generosidad los acogió a él y a María Teresa durante los veinticuatro años anteriores y así lo refleja en su conocido soneto *Lo que dejé por ti*, que concluye con esta imperativa petición...

*Dejé por ti todo lo que era mío,
dame, tú, Roma
a cambio de mis males penas tanto
como dejé para tenerte.*

Y fue su curiosidad por todo lo vivo, la ascendencia de su sangre, su fascinación ante la histórica belleza que lo rodeaba, su confianza en todo aquello que amaba y defendía lo que lo salvó, otra vez, de sus momentos más oscuros. No es fácil para un poeta –aunque ya goce de prestigio- que escribe en un idioma diferente al del país que habita, un extranjero que no conoce la lengua -aunque es madre y hermana de la suya- asentarse en una nueva comunidad intelectual, ofrecer su obra con el deseo de una cuidadosa traducción y encontrar a quien lo haga con el suficiente esmero. Un proceso complejo que ralentiza cualquier publicación. Porque es difícil identificarse con la sustancia lírica de un poeta, con sus vivencias más íntimas, con su singular sentido del idioma y transmitirlos a quien las traduce que las percibe, inevitablemente, de forma diferente a su creador. Un poeta traducido no es el mismo que sintió y escribió esos versos, tarea más fácil de llevar a cabo en la prosa. Pero Rafael encontró traductores excepcionales que supieron comulgar con la esencia de su obra y que se convirtieron en imprescindibles y grandes amigos suyos, a los que siempre recordó con un afecto imborrable en el tiempo, que yo, desde mi cercanía, puedo atestiguar, como Elena Clementell, Vittorio Bodini, Ignazio Delogou, Dario Puccini entre otros, que si no menciono, es sólo por imperdonable olvido.

Rafael amaba la musicalidad, el vocabulario de la lengua italiana, a menudo intercalaba en sus conversaciones palabras que, junto a su acento argentino y su cadencia gaditana, conformaban parte de su irresistible atractivo, lleno de gracia. Él se sintió plenamente identificado con el talante de la gente romana, la vida, las costumbres, incluso su cocina... ¡Y sobre todo con los helados! hasta llegar a sentirse un italiano más. Aunque nunca fue un *gourmet*, como su querido amigo Pablo Neruda, cuando por vez primera me invitó a su reducido

apartamento madrileño –abarrotado de libros y papeles- me preparó una *insalata caprese*, riquísima, pero el segundo plato, los *ravioli*, los había comprado enlatados. Cocinar no era lo suyo.

En Roma, el poeta continúa comprometido con su tiempo, con la conciencia social que siempre lo caracterizó. Habita, junto a María Teresa, en el Trastevere, un barrio que lo fascina por sus contrastes, bajo la irónica mirada siempre vigilante de la estatua de Pasquino y no lejos de la de Giordano Bruno. Es el entorno lírico que reúne todos los atractivos para alentar su inquieta inspiración que volcará en uno de sus libros más lúdicos, sorprendentes y escatológicos, *Roma, Peligro para caminantes*, en el que su vida cotidiana, irá tomando forma poética dentro de la mejor tradición italiana, como muestra la dedicatoria del libro:

“A Giuseppe Gioachino Belli, homenaje de un poeta español en Roma”. Belli había dejado escrito: *¡Ah!, quien no ha visto esta parte del mundo, no sabrá nunca para qué ha nacido.*

Este ambiente popular y estridente, le hará revivir sus orígenes italianos y aportará a su obra una estética muy distinta a la de la placidez de su época americana. Se irá convirtiendo en parte de su paisaje, en otro trasteverino al que saludan con familiaridad los vecinos más dispares, llamándolo *maestro*.

*¡Oh, Roma deseada, en ti me tienes
ya estoy dentro de ti, ya en mí te encuentras!
Me agrando o adelgazo por las calles y plazas
de este barrio que habito junto al río,
barrio que me recibe embanderado
como una barca, de tendidas ropas...*

Inmerso en este entorno que lo cautiva, el poeta escribe, en sus memorias:

Ahora espero que algún día, en alguna fecha de aniversario, el commune de la Ciudad Eterna estampe en algún vicolo, no lejano de mi Via Garibaldi, una placa que diga “ Vicolo di Rafael Alberti”, porque yo me instalé aquí, me convertí en vecino de este barrio para cantarlo humildemente, rehuyendo la Roma monumental, amando sólo la más antigohetiana que pueda imaginarse: la Roma trasteverina de los artesanos, los muros rotos pintarrajeados de inscripciones políticas o amorosas, la secreta, estática y, de improviso, muda y solitaria.

Rafael nunca imaginó que esta humilde pretensión se convertiría años después (1998) en su nombramiento como

Ciudadano de Honor de Roma, siéndolo ya desde 1967 de Reggio Emilia.

En Roma pronto se le abren las puertas de la cultura a través de destacados intelectuales como Ungaretti, Quasimodo, Moravia, Levi, Pasolini. También, con personajes tan atrayentes como Federico Fellini o Vittorio Gassman a quien dedicó su libro de poemas escénicos *Il mattatore*, más inolvidable, si cabe, en la voz del insigne actor.

Y, sobre todo, trabó amistad con pintores y escultores como Renato Guttuso, Aligi Sassu, Umberto Mastroianni- con el que aprende nuevas técnicas-, Attilio Rossi, Corrado Cagli o Carlo Quattrucci -que le regaló a Cocorito, un divertido loro.... Su faceta pictórica –nunca abandonada- aflora con fuerza muy ligada a su poesía. No hay que olvidar que antes que poeta fue pintor. Para él todo aquello que escribía tenía primero que verlo dibujado en su mente, la unión del signo y la palabra se materializan en su poesía tan visual y cromática, en sus personales liricografías, entre las que destaca *El lirismo del alfabeto* que la profesora Loretta Frattale ha estudiado con tanto acierto y dedicación. *Soy un gráfico más que un pintor* dijo en varias ocasiones. Sorprendentemente sus preferencias artísticas estaban en este orden: música, pintura y literatura.

Durante su estancia romana realiza exposiciones en las galerías más importantes y expone en diversos lugares de Italia. Gana el primer premio de la Quinta Reseña de Arte Figurativo de Roma y del Lazio, así como el de Italia Nostra contra el exterminio de los pájaros con red... Participa en 1972 en la Bienal de Arte de Venecia, realiza carpetas en homenaje a Picasso, a Miró.... La actividad pictórica absorbe la mayor parte de su tiempo.

En la pluma del poeta gaditano toda Roma parece resurgir de su sueño de siglos: Trajano, Galileo, la *puttana* andaluza, el Coliseo, Marco Aurelio, la Farnesina... Hasta San Pedro, en un poema, muy conocido, que por su sencillez y ternura, hubiera impresionado al propio apóstol...

Di, Jesucristo ¿por qué me besan tanto los pies? Soy San Pedro, aquí sentado, en bronce inmovilizado, no puedo mirar de lado ni pegar un puntapié, pues tengo los pies gastados como ves.

Haz un milagro, Señor, déjame bajar al río, volver a ser pescador, que es lo mío.

Su filiación política lo llevó, a través del P.C.I., a seguir con su incansable lucha por los derechos y defensa de las libertades de cualquier país oprimido. El espíritu antiimperialista nunca desfalleció en él. Y así reacciona y arremete con los insultos más feroces ante la vergonzosa intervención americana en Vietnam, mientras intercede por esos *pequeños guerreros que surgen de las hojas/ como selvas andando ...*

*Desprecio para ti, vergüenza, escupo, escupo
contra ti, a tantos miles de kilómetros,
yanqui invasor, enanos coca-cola,
vacíos satisfechos,
millonarios piojos, sangrientos impotentes.*

A pesar de los años transcurridos desde la trágica guerra civil, del régimen dictatorial de Franco al que fustigó y combatió, desde la distancia geográfica Rafael siguió con constante preocupación la situación política de España, firme siempre en su decisión de no regresar hasta que no se hubiese instaurado la democracia. Jamás rompió sus raíces, ni olvidó que era un desterrado español y aunque su agradecimiento y cariño hacia Argentina e Italia –lugares en donde pasó los *capitales años* de su vida- fue profundo, su inquebrantable amor a España hizo que nunca renunciara a su nacionalidad.

Un 27 de mayo de 1977 -el número 27 es mágico en su cronología: el de su generación, su regreso del exilio, el de una las casas en las que vivimos, incluso el día de su muerte-, Rafael a sus 74 años, junto a una María Teresa de 73 -perdida para siempre en su memoria del olvido-, ya ambos con la cabeza cana y con la superioridad moral e indiscutible que les confiere el ser exiliados republicanos, regresan a España y las primeras palabras del poeta al bajar del avión fueron: *Me fui con el puño cerrado y vuelvo con la mano abierta en señal de concordia entre todos los españoles.* Aquel Madrid que los recibe ya no se parecía a aquella ciudad *capital de la gloria* que cantó, en la que junto a María Teresa defendió la República y la que se vieron obligados a abandonar en 1939, al acabar la guerra, para salvar la vida...

*Madrid, corazón de España,
late con pulsos de fiebre.
Si ayer la sangre le hervía,*

*hoy con más calor le hierva.
Ya nunca podrá dormirse
porque si Madrid se duerme
querrá despertarse un día
y el alba no vendrá a verle.*

A su regreso, el Museo del Prado será uno de los primeros lugares que el matrimonio visita, a pesar del Alzheimer de María Teresa, aquella valerosa mujer que durante la guerra civil fue designada por la Junta de Protección del Patrimonio Artístico para salvar cuadros, como el *Carlos V* de Tiziano o *Las Meninas* de Velázquez. Frente a aquellos lienzos del Museo se fraguó en 1917 la juventud de Rafael y allí creció su pasión por el arte y que ya en Argentina dio lugar a *A la Pintura*, uno de los libros de amor más hermosos que se han dedicado al Prado...

*El Museo del Prado ¡Dios mío! Yo tenía pinares en los ojos y alta mar todavía,
con un dolor de playas de amor en un costado cuando entré al cielo abierto del
Museo del Prado.*

El libro *Il poeta nella strada* recoge gran parte de su poesía cívica, aquella que Pasolini valoraba tanto y guardaba en su biblioteca junto a otros libros dedicados por él. Rafael solía repetir que él no era un poeta sentado sino *un poeta en la calle*, cercano a la gente, comprometido con ella, como demostró siempre con su inagotable actividad...

*La poesía es no estar sentado, es no querer morirse apasionadamente, es
entrar en el alba a cuerpo limpio en las ondas del día, es no dormir y ser el
alba antes del alba*

Rafael logró algo prodigioso en su poesía: Hacer una continuada celebración, en tono elegíaco, de lo vivido, -tanto de los momentos más felices como de los más desgraciados- y en donde la belleza es capaz de sublimar las pérdidas más dolorosas. De ahí proviene para el lector ese acercamiento a su ya mítica vida, a una obra fundamentalmente autobiográfica, llena de sus contradicciones más íntimas, de las imágenes y acontecimientos más importantes del siglo XX que conservaba como un valioso archivo en los privilegiados escenarios de su memoria. Se dice que algunos poetas tienen una profética visión del mundo... Y así se manifiesta Rafael en su segundo viaje a EE:UU - prohibido hasta entonces

por su filiación política tras su visita en 1933- en estos versos dedicados a las Torres Gemelas de Nueva York, años antes de su salvaje destrucción, como si de Nostradamus se tratara...

*Aquí no baja el viento,
se queda aquí en las torres,
en las largas alturas que un día caerán,
bebidas, arrasadas de su propia ufanía.
Desplómate, ciudad, de hombros terribles,
cae desde ti misma.
Qué balumba de ventanas cerradas,
de cristales, de plásticos,
de vencidas, dobladas estructuras.
Entonces entrará,
podrá bajar el viento
hasta el nivel del fondo
y desde entonces ya no existirá
más arriba ni abajo.*

Es poco conocido que Rafael fuera gran amante de la naturaleza, casi un poeta bucólico, admirador de Horacio y Fray Luis de León, como muestran algunos de sus libros americanos, aunque circunstancias históricas adversas le impidieron dedicar más tiempo a recrearse en otros temas líricos y vivir siempre *entre el clavel y la espada*. El recuerdo de sus vacaciones en el pequeño estudio de Anticoli Corrado, sus paisajes idílicos los immortalizará en

*Canciones del Alto Valle del Aniene...
qué susurro infinito en la mañana,
aire azul de las cumbres libres, aire
sin saber que la muerte
anda por otros montes y otros valles.*

Su idilio con Italia nunca tuvo fin y fue constante referente en su inspiración literaria (*Roma, de lejos, crece./ Vuelvo triste de Roma/ ¡Ay, Roma,/ Roma, Roma!/ ¿Quién sin ti permanece?*). Ya en España, viajó varias veces a Italia, una de ellas a Sicilia para rodar, bajo la dirección de nuestra amiga Angela Redinni y para la R.A.I un documental en el que a sus 81 años recitaba con su prodigiosa memoria la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora, en los mismos escenarios en los que su admirado poeta culterano la situó. O en 1984, cuando fue jurado en la *Mostra de Cine* de Venecia... Y en tantas, tantas otras ocasiones para dar recitales.

Yo quiero hoy aprovechar este homenaje a Rafael Alberti para hacerlo extensivo, por merecimientos propios y obligada justicia, a María Teresa León -que tanto amó Roma-, extraordinaria mujer que luchó con la valentía y el coraje de pocos hombres y que desde el largo exilio mantuvo una activa solidaridad con los presos políticos españoles. Y, cómo no, valorar su magnífica obra literaria, en la que destaca *Memoria de la melancolía*, una las mejores y más conmovedoras autobiografías la *Generación del 27*, en donde narra los acontecimientos de su azarosa vida, así como su profundo y sostenido amor hacia el poeta por el que abandonó a su familia para estar a su lado durante cincuenta años. No me cabe ninguna duda de que ella es no sólo la mujer sino la persona más importante que pasó por la vida de Rafael Alberti. Él mismo, así lo testimonia en 1965, durante el acto en el que se le concedió el Premio Lenin de la Paz:

Mi vida, comprometida con la historia de mi pueblo, es también la vida de María Teresa León. Mi obra y la suya se confunden y realizan juntas. Las horas paralelas, los trabajos y las angustias, el destierro y la esperanza han sido y son tan profundos entre nosotros que yo me atrevo a decirles a ustedes que este premio debe ser tan suyo como mío. Y les pido permiso para dejarlo entre sus manos.

La atrayente personalidad de María Teresa, su inteligencia, su pasión revolucionaria, acompañadas de su impresionante belleza, no fueron el complemento del poeta gaditano, sino un bastión en el que tantas veces éste tuvo que refugiarse en momentos decisivos. El reconocimiento de su valiosa figura no debe ser sólo un acto ocasional de reivindicación feminista necesaria siempre- sino de extrema equidad: Rafael, sin María Teresa, hubiera sido un grandísimo poeta, un genio indiscutible, pero sin ella a su lado no hubiese logrado la estabilidad personal para conformar una obra literaria tan relevante y universal como la suya. Por ello, los *retornos de amor* que le dedicó, son los más bellos que puedan escribirse....

*Cuando tú apareciste,
penaba yo en la entraña más profunda
de una cueva sin aire y sin salida,
braceaba en lo oscuro, agonizando,
oyendo un estertor que aleteaba
como el latir de un ave imperceptible.
Sobre mí derramaste tus cabellos*

*y ascendí al sol y vi que eran la aurora
cubriendo un alto mar de primavera.
Fue como si llegara al más hermoso
puerto del mediodía. Se anegaban
en ti los más lúcidos paisajes
claros, agudos, montes coronados
de nieve rosa, fuentes escondidas
en el rizado umbroso de los bosques.
Yo aprendí a descansar sobre tus hombros
y a descender por ríos y laderas,
a entrelazarme en las tendidas ramas
y a hacer del sueño mi más dulce muerte.
Arcos me abriste y mis floridos años
recién subidos a la luz, yacieron
bajo el amor de tu apretada sombra,
sacando el corazón al viento libre
y ajustándolo al verde son del tuyo.
Ya iba a dormir, ya a despertar sabiendo
que no penaba en una cueva oscura,
braceando sin aire y sin salida.
Porque habías, al fin, aparecido.,*

Pier Paolo Passolini y Rafael Alberti se conocieron en 1950 cuando éste regresaba, junto a José Bergamín, del *Segundo Congreso por la Paz de Varsovia*, como miembro de la delegación española. Tardarán varios años en reencontrarse, pero la admiración mutua se estrechará y Passolini la reflejará en sus críticas literarias, entrevistas y en un estudio entusiasta del libro *Sobre los ángeles* de 1929, del poeta gaditano.

A ambos los unía, además de su ideología política, su humanidad, su vasta cultura, su amor por las manifestaciones artísticas, su hondo sentido de la belleza. Passolini era un enamorado de la lírica española, conocedor y seguidor de J.R.J., Antonio Machado, Lorca y Alberti, incluso siguió un curso de Lengua y Literatura hispana.

En 1966 se presentó en la librería Einaudi de Roma la magnífica traducción de *Sobre los ángeles* por Vittorio Bodini – libro con enigmáticas claves de difícil interpretación y considerado una de las cumbres de la poesía española del siglo XX- -, acto en el que participaron también Delogou, Passolini y Gianni Toti. Rafael, que nunca fue un poeta teórico al que gustara analizar su propia obra,

recordó siempre con simpatía los repetidos esfuerzos de Bodini para que le explicase la clave real de cada poema, desentrañando las neblinas que los hermetizaban, pero nunca lo logró -excepto el de *Los ángeles crueles*- siempre con múltiples evasivas por parte del autor. Confieso que yo tampoco lo conseguí.

Passolini intervino en el acto con un texto muy elogioso en torno a *Degli Angelli* en el que se mostraba deslumbrado por el libro. Texto que la joven hispanista Francesca Coppola -a la que, desde aquí, muestro mi profundo agradecimiento-, tras leer mi libro de conversaciones con Rafael, *De lo vivo y lejano*, descubrió que él calificaba de *formidable* esa crítica de Passolini y que lamentaba no conservarla. Dicha investigadora se dedicó a indagar hasta localizarlo en el archivo *Alessandro Bonsanti* del *Gabinete G.P Literario Científico Vieusseux* de Florencia. Son cinco folios mecanografiados en los que deja constancia del impacto que le causó un libro tan singular.

Leer esas páginas de Passolini me ha producido una honda emoción al comprobar cómo su sensibilidad se estremece ante aquellos ángeles que no son, ciertamente, los bíblicos. La personal interpretación que hace del conjunto del libro, la originalidad al adentrarse en el alma de cada verso y el elogio de la potencia lírica que lo impulsa, merecen las mismas alabanzas que el mismo Passolini dedica al autor.

A través de un texto repleto de preguntas retóricas que he seleccionado, Passolini no deja de reflexionar sobre el hecho poético y cómo se revela en el poeta español:

Cuando leo a un poeta no me viene a la mente que escribo yo mismo poesía porque la leo como un crítico, un filólogo, como un lingüista, siento esto ingenuamente como un deber. Con R.A. no soy capaz de aplicar este deber (...) Creo que no existe raza de poeta más distinta de mí que Rafael Alberti, frente a tanta diversidad me arriesgo de nuevo a encontrar el derecho de leerlo como poeta, como un aprendiz de poeta. Todo aquello que sé de la poesía no vale de hecho para conocer a Alberti. La cosa más bella del mundo es seguir aprendiendo ¿Quién de nosotros no desearía ser siempre aprendiz? Así me siento leyendo a Alberti: Como un muchacho, un

aprendiz de poeta que entra para aprender el trabajo en un taller y ve al maestro atento a su obra: Una alta montaña de cristal.

Pier Paolo creía que solo había una forma de ser poeta: la suya y se sorprende de que no sea así y escribe: ***Para mí es inconcebible cómo se hace para tener la naturaleza del poeta Rafael Alberti: Lo miro como un negro - que no ha visto nunca a un blanco- mira a un blanco. Con una mezcla de terror y admiración, de ternura y de defensa.***

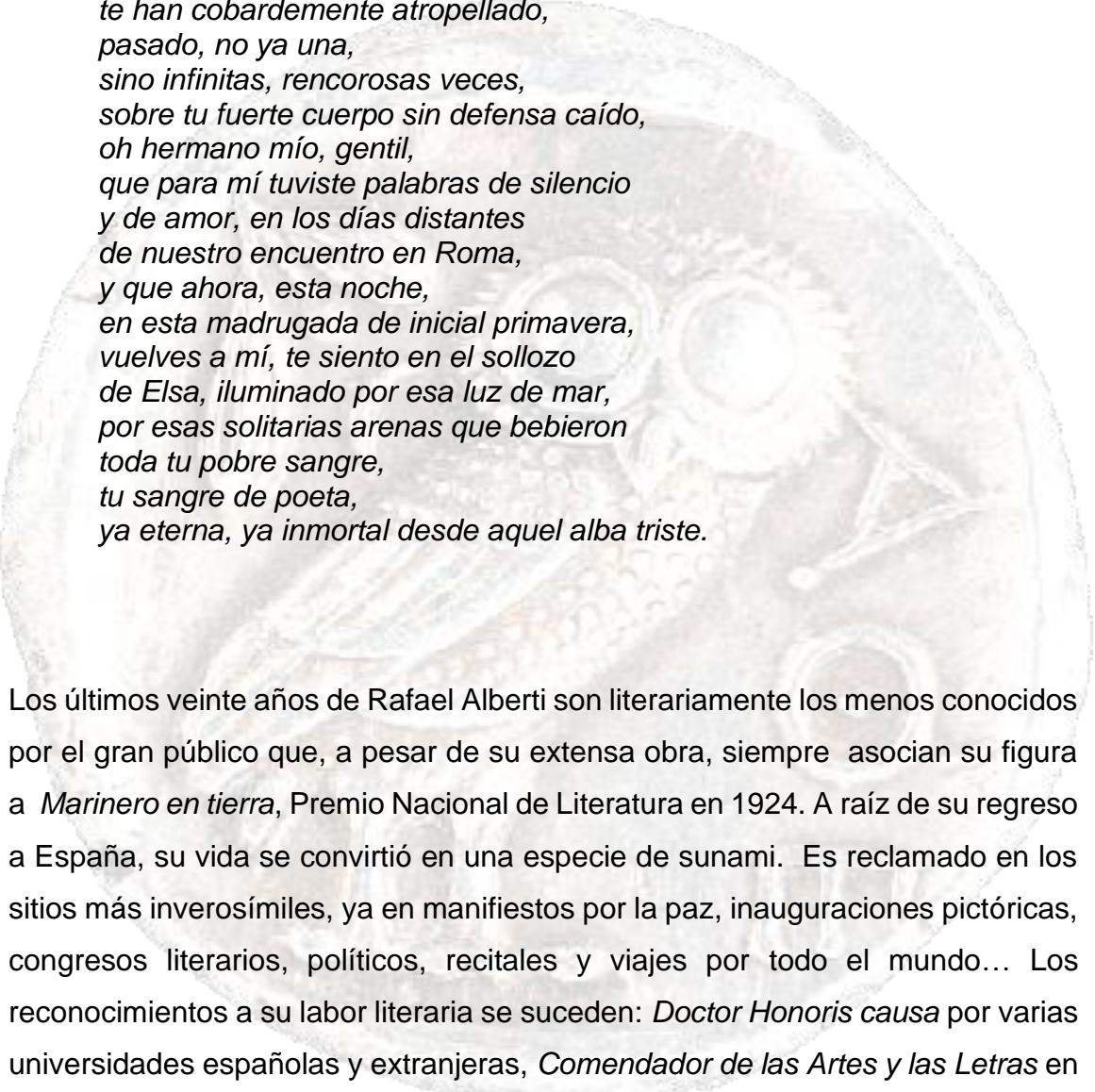
Hacer siete mil poesías, siete mil cosas todas puras, con todo dentro y nada de sí mismo, hablando siempre de sí y sin confesarse nunca. Alberti no describe, no se confiesa, no acusa, no se arrepiente, no llora, no se alaba, no finge alabarse, no adula al lector, no le pide piedad. Y, por eso, le pregunta: ¿Cómo se te presenta la poesía si ni siquiera deseas ser fiel a la realidad que se arrepiente siempre?

Passolini, continúa, asombrado: ***¿Cómo puedes siempre pensar en componer la poesía, incluso la más pequeña, como un himno y si los tuyos son himnos de qué religión? Quizás de una pequeña religión, una confesión, una lucha política, una victoria de los cautivos con pocas buenas esperanzas por el futuro ¿Cómo puedes ser así, tan fuerte en sustituir una a una las palabras que tienen tanto peso, tanto significado y tanto dolor en nuestra vida, arrancarlas y reemplazarlas con palabras análogas encontradas en nuestro oficio de poeta? ¿Dónde tienes la llave de tu oficio? ¿Cómo puede darse tanta entereza y naturalidad de canto en una naturaleza de poeta? Y no sólo cuando es canto, sino también cuando es discurso (..) en un desnudarse de imágenes que son un desafío de perfección***

¿Cómo puedes hacer una serie de poesías a cual más bella, a suscitar como nuevo siempre lo mismo? ¿Dónde están las sombras? ¡Malditos ángeles! ...Para finalizar contundente: Sabes que no se pueden leer sin interrupción todas tus poesías porque el entusiasmo repitiéndose siempre igual, llega a ser insostenible.

Cuando en 1975 Passolini es asesinado, Rafael sufre un gran impacto que se reflejará en su poema: *También a ti, Pier Paolo* que enviará manuscrito a la

condesa Elsa de'Giorgi, mujer culta y progresista, amiga de ambos, con esta dedicatoria: *A Elsa, con todo mi dolor, un gran abrazo* y que incluirá en su libro *Fustigada luz*:



*A ti, que eras un ángel
perdido en este infierno sin grandeza de hoy,
te han befado, escupido,
innundado de baba,
te han cobardemente atropellado,
pasado, no ya una,
sino infinitas, rencorosas veces,
sobre tu fuerte cuerpo sin defensa caído,
oh hermano mío, gentil,
que para mí tuviste palabras de silencio
y de amor, en los días distantes
de nuestro encuentro en Roma,
y que ahora, esta noche,
en esta madrugada de inicial primavera,
vuelves a mí, te siento en el sollozo
de Elsa, iluminado por esa luz de mar,
por esas solitarias arenas que bebieron
toda tu pobre sangre,
tu sangre de poeta,
ya eterna, ya inmortal desde aquel alba triste.*

Los últimos veinte años de Rafael Alberti son literariamente los menos conocidos por el gran público que, a pesar de su extensa obra, siempre asocian su figura a *Marinero en tierra*, Premio Nacional de Literatura en 1924. A raíz de su regreso a España, su vida se convirtió en una especie de tsunami. Es reclamado en los sitios más inverosímiles, ya en manifiestos por la paz, inauguraciones pictóricas, congresos literarios, políticos, recitales y viajes por todo el mundo... Los reconocimientos a su labor literaria se suceden: *Doctor Honoris causa* por varias universidades españolas y extranjeras, *Comendador de las Artes y las Letras* en Francia, *Medalla Picasso de la UNESCO*, *Hijo predilecto* de la provincia de Cádiz, de Andalucía, recibe el *Premio Cervantes de Literatura* con un magistral discurso sobre el exilio, se reponen varias obras teatrales suyas, se crea la Fundación que lleva su nombre en El Puerto de Santa María, (en 1993), recibe la *Cruz de San Jordi* de la Generalitat de Cataluña, la *Medalla de Oro de Bellas Artes*.... Renuncia a pertenecer a la Real Academia de la Lengua, aduciendo

que él ni siquiera había acabado el cuarto año de bachiller. Sin embargo, acepta ilusionado serlo de *Bellas Artes de San Fernando*, porque su vocación de pintor sigue intacta. Todo esto, junto a su dedicación a la pintura, su campaña política en verso que lo llevó a ser diputado por Cádiz en las Cortes - cargo al que meses después renunció alegando que él era *un poeta en la calle*-.

Este torrente de actividades, impensable a cualquier edad, Rafael lo lleva con la normalidad del que confía en vivir siempre y no le impide publicar dos tomos más en prosa de su *Arboleda perdida*, poemarios como: *Fustigada luz*, *Golfo de sombras*, *El ceñidor de Venus desceñido*, *Versos sueltos de cada día*, *Los hijos del drago*, numerosas antologías y *Canciones para Altair*, su último poemario de amor, cercanos ya los 90 años.

Cuando la mayoría de las personas de su edad dan por finalizada las relaciones sentimentales, Rafael Alberti, dueño de sus decisiones, sorprende a su entorno y comienza una nueva vida, iniciada en secreto ocho años atrás al conocer en un homenaje a Antonio Machado en la ciudad andaluza de Baeza (Jaén), a una profesora de literatura 42 años más joven que él, con la que en 1990 se casará....

*Sabes tanto de mí
que yo mismo quisiera
repetir con tus labios mi propia poesía,
elegir un pasaje de mi vida primera,
un cometa en la playa peinado por Sofía.
No tengo que esperar ni que decirte espera
a ver en la memoria de la melancolía
los pinares de Ibiza, la escondida frontera,
el lento amanecer, sin que llegara el día.
Y luego, amor y luego ver que la vida avanza
plena de abiertos años y plena de colores
sin fin y no cerrada al sol por ningún muro.
Tú sabes bien que en mí no muere la esperanza,
que los años en mí no son hojas, son flores,
que nunca soy pasado sino siempre futuro.*

....Y prosigue su itinerario por el mundo como si la edad no fuera impedimento alguno, con un hambre insaciable de vida que siempre me remite a una cita del libro autobiográfico de

María Teresa: *Rafael siempre me sorprende ¿De dónde saca su juventud sin término?*

Durante sus intensos últimos años, no cesa de recorrer y compartir, en una despedida de lo vivo lejano, los lugares americanos en los que vivió y creó. Los dos viajes a Argentina que antes se negó a realizar temiendo la desaparición de tantos amigos, lo llenaron de felicidad, se sintió pletórico al recobrar aún a tantos de ellos, así como tantos lugares vividos y poder mostrármelos. En Buenos Aires, en el teatro Cervantes, Ernesto Sábato lo recibió junto a otros intelectuales y cantantes que interpretaron sus versos, después, siempre combativo, emocionó recitando su poema *Ese general* junto a las madres de la Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada presidida por Menem.

Una visita especial fue la de la casa de Aróz Alfaro en El Totoral (Córdoba), que los cobijó en su primer año de exilio argentino. Allí, buscamos por el camino que él bautizó como

Avenida de Antonio Machado, aquel sauce en cuyo tronco Rafael grabó el nombre de su admirado poeta, algo tan insensato como maravilloso, pues de existir hubiese estado ya rozando el cielo. Navegamos por el río Tigre, recorrimos los paisajes a los que dedicó los versos reunidos en su libro *Baladas y canciones del Paraná*. Todo salpicado de divertidas anécdotas como el viaje en avioneta desde Buenos Aires a Uruguay en el que Rafael iba de copiloto y se mostraba encantado de la aventura, mientras yo iba, detrás, muerta de miedo. En Punta del Este visitamos su antigua casa *La gallarda*, llena todavía de tantos recuerdos familiares, en Chile es recibido por el presidente Alwyn, le conceden la medalla Gabriela Mistral el 1 de mayo, recita ante centenares de trabajadores y rememora con la familia de Salvador Allende momentos inolvidables, así como su amistad entrañable con Pablo Neruda en Isla Negra. En Méjico, otro multitudinario homenaje presidido por Octavio Paz, o en Cuba con un ilusionado Fidel Castro que en un bolsillo del uniforme llevaba copiado un poema de Rafael.

En todos esos países, es acogido con una expectación difícil de transcribir que no parezca exagerada, más propia de una estrella de rock que de un poeta de la *Generación del 27* y con toda clase de distinciones que descansan en las vitrinas de la Fundación que lleva su nombre.

*Despiértate y exprímete
como un limón, que cuando mueras
puedan tirarte
al mar,
sin zumo, seco.*

Su compromiso político continuó inalterable hasta el final, hasta el último suspiro, como diría su amigo Buñuel. Siempre defendió que su corazón era comunista, lo cual lo situaba por encima de cualquier desavenencia interna de su partido. Un comunista más visceral que teórico, lleno de humanidad y cercanía, que defendió con su pluma sus ideales, inmerso siempre en el corazón de los más necesitados.

Aunque Rafael era muy consciente de su limitación temporal y de que era el único poeta de la *Generación del 27* que quedaba vivo a finales del siglo XX, acostumbraba a decir con su especial humor gaditano una frase que me llegó a creer:

Yo... que no me pienso morir nunca. Y debería confortarme pensar que, en verdad, Rafael no se marchó nunca, porque los poetas como él cuando nacen lo hacen para siempre.

Hoy, veinte años después de su desaparición, mientras escribo estas hojas en la misma casa en donde compartimos la vida, todavía me resulta muy difícil no encontrarlo al entrar en el estudio, en el porche o en el jardín, al atardecer, sentado bajo el frondoso jacarandá, ensimismado con la cosa más inesperada, contemplando algo que a los demás se nos pasaría inadvertido. Y es que Rafael sigue allí, en su Puerto de Santa María, en la misma ciudad en la que nació, a la que cantó y con la que soñó reencontrarse a lo largo de su destierro y de la que estuvo separado más años de los que tuvieron de vida sus admirados Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega o su amigo García Lorca. Sus versos sobrevuelan las calles y azoteas, confundidos con el rumor de ese mar de su querida bahía en donde ya navega para siempre, como era su deseo.

Pocas veces un poeta de talla universal se ha enredado con tal fuerza en el sentir de su pueblo, en la historia de su país, en el discurrir de la vida de su gente como Rafael Alberti hasta llegar a convertirse en una leyenda viva. Porque su

continua ansia de belleza, su solidaridad cívica, sus ansias de trascender en el tiempo, siguen latentes para sus lectores. Resultaría difícil encontrar a una persona que amara con tanta pasión la vida y lo que esta le ofrecía sólo por el hecho de existir. Pasión que se ve reflejada en toda su obra, pero hay un poema en *Versos sueltos de cada día*, en el que queda más patente su filosofía vital, su actitud desafiante ante el inevitable paso del tiempo que lo intentaba cercar...

Algunos se complacen en decirme:

Estás viejo, te duermes, de pronto en cualquier parte.

Llevas raras camisas, cabellos y chaquetas estentóreos. Pero yo les respondo como el viejo poeta Anacreonte lo hubiera hecho hoy:

*Sí, sí... Pero mis cientos de viajes por el aire,
mi presencia feliz, tenaz, arrebatada
delante de mi pueblo,
mi voz viva con eco
capaz de alzar el mar a cimas de oleaje
y las bellas muchachas y los valientes jóvenes
que me bailan en corro
y el siempre sostenido, ciego amor,
más allá de la muerte...*

MARÍA ASUNCIÓN MATEO

1968 *Roma peligro...*

1968 En la Scala de Milán estreno ballet basado en *Sobre los ángeles*.

1966 *Los ojos de Picasso grabados y dibujos en color*

1976 *Premio Struga en Macedonia poesía*